

Con fe venezolana...

Mark Montovio

# Con fe venezolana...

Desperté y sentí tu presencia.

En el silencio del amanecer oí tu voz. Un susurro. Un susurro lleno de ternura que llenaba mi espíritu con esa fe, vestida de sonrisa eterna, con la que siempre te ubicabas. Una fe ciega, 'la fe venezolana', como te solía decir entre risas y carcajadas. Claro, así debía de ser la fe... ciega. Pero era una fe que atrapaba. Y atrapaba todo lo que pillara. Incluso al que se agarraba a ella. Una fe que igual, a veces, no dejaba ver la realidad.

*—¿Recuerdas, que siempre te he dicho que nos volveríamos a ver verdad? Todos esos días que hablábamos, tantas horas, hasta muy tarde.*

Me convenciste que no habías dudado nunca, y lo habías repetido muchas veces...

Desperté y sentí el vacío.

No estabas aquí. Nunca, habías estado aquí. Aunque yo te sentía. Te oía. Te veía. Aunque tu aroma seguía penetrando mis sentidos, incluso después de tanto tiempo. Tantos años. Ya sentía como si estos sentimientos pertenecieran a otra vida, lejana y pasada, catalogada como uno de esos largometrajes famosos, en blanco y negro, que ya nadie quería ver, pero que tuvo un impacto imperecedero.

*—Vente conmigo —dijiste esa noche.*

Fue una noche como muchas, donde ya la luna brillaba con sus últimas fuerzas, consciente de que el sol retomaría su turno. Una noche como las que se buscan para vivir toda una vida, pero pocos llegan a encontrar. Una noche donde sin saberlo ni tú ni yo, mi vida recobró sentido, y ese recuerdo, sigue ardiente e irreparablemente tatuado en mi piel.

Me miraste intensamente. Mi corazón latía, y en silencio me decía: "¡Ve! ¡Ve!"

Te acercaste, y con la confianza, la inocencia, y la espontaneidad, que te regalaba tu juventud, acariciaste el cuello de mi chaqueta, y luego, suavemente mi camisa. Me cogiste la mano y de nuevo dijiste:

*—Vente.*

Por unos segundos me perdí en esos ojos verdes, un verde intenso inigualable, donde me parecía que era posible encontrarlo todo o perderse en un vacío.

Mis labios temblaron.

El silencio de la noche era atronador. Asediaba todo. Quede inmóvil. Aturdido. Por un momento, sólo por un momento, no existía nadie más en el mundo, sólo un mundo donde todo era posible.

Mi corazón te pedía que no me soltaras y mi alma ardía. Pero mi mente... Mi mente estaba ya decidida. Con toda la fuerza que pude recoger, te hice saber que quería que me soltaras. Aunque dudara, era lo correcto. Te abracé con miedo. Miedo porque no sabía si lograría soltarte. Pero, aunque casi llegué a fundirme en tu pecho, te solté.

—*Nos vemos mañana.*

Me miraste sabiendo que no cambiaría de idea. Aunque Dios sabe qué hubiese pasado si hubieses insistido más. Si me hubieses preguntado otra vez. Si hubieses sido tú quien me robara el primer beso.

Mis labios temblaron, y mi corazón contaba ya los latidos que quedaban hasta que te volviese a ver.

—*¡Me hubiese gustado tanto que te hubieses venido conmigo anoche!*—me dijiste.

Solté el café y, por un instante, mi mano buscó la tuya.

Quería explicar tantas cosas. Quería compartir tantas historias. Quería plasmar lo que se siente al saber que has conocido a una persona acertada en el momento equivocado.

A mí también me hubiese gustado mucho irme contigo esa noche... No sabes cuánto.

Ya han pasado tantos años. Nos han pasado tantas cosas. Pero aun sigues presente con la misma fuerza, con la misma intensidad.

—*Es lindo eso, saber que después de tanto tiempo aún estamos en contacto. Yo deseaba tanto hacer el amor contigo esa noche. Si hubiese estado en mis manos, desde hace tiempo atrás, ya te hubiese ido a ver.*

Pero había estado siempre en las mías. En mis manos. Lo sé. Por una circunstancia u otra. Mi vida, las dudas, el miedo. Todo se unía para conspirar contra mí...

—*Las miradas entre nosotros decían sólo una cosa: que existía una química que no se tiene con todo el mundo. Este tipo de vivencias son para toda la vida. No me iba a quedar con la frustración de no volverte a ver. Pienso que, si la vida nos da la oportunidad de vernos, deberíamos aprovecharla, porque no es bueno vivir con la sensación de no saber qué hubiese pasado. ¿Sabes? Lo bonito de todo esto es que es correspondido el sentimiento. Quiero ir a verte.*

¿Por qué fingía? ¿A quién quería engañar? Si yo me hubiese dado permiso, si me hubiese convencido, hubiese hecho por verte. Reconozco que a veces me comporté como si hubiese querido lo contrario. Pero sé, que ahora, quería verte, necesitaba verte, y que merecía darme esa oportunidad. No pensaba en otra cosa.

Pero seguía teniendo miedo, y eso casi superaba el deseo. ¿Qué pasaría? ¿Cómo nos sentiríamos después de tantos años? ¿Qué tendríamos que ofrecernos? ¿Sería la equivocación más grande que llegaríamos a cometer en la vida?

*—¡Dios santo con tu miedo! No es lindo saber que sientas que verme o tenerme ahí sería una equivocación. No hay que tener tanto miedo. Yo quiero verte con unas ganas inmensas.*

Cuánto camino recorrimos y qué poco faltó para que nuestros destinos se cruzaran de nuevo. Estuvimos tan cerca de volver a vernos. Sin embargo, sólo nació el silencio, creció, y fue sonado...

Han pasado tantos años. Nos han pasado tantas cosas. Y aun sigues presente con la misma fuerza, con la misma intensidad.

Mi corazón sigue contando los latidos que recordarte le provoca. Y aunque hoy, sean otros labios los que te besen, y otros brazos, los que te abracen, sigues en ese rincón de mi alma, donde solo hay espacio para ti, donde sólo tú eres capaz de vivir, de existir y de llenar mi vida de esa fe venezolana.

Si hoy, te acercaras a mí, y me dijeras “Vente”; esta vez, sé que esta vez, sin miedo, y sin dudar, mis labios conocerían el sabor de tu boca, y mis brazos no te soltarían jamás.

Mark Montovio  
14/02/2019